La Jornada

Prosperidad sin misterio: las lecciones para México

Napoleón Gómez Urrutia

En línea con mi artículo de hace unos días, quiero profundizar en el hecho de que la prosperidad ha sido representada ante los pueblos como misterio inaccesible. De este modo, pensamos que la riqueza es el resultado de un milagro que les toca a unos cuantos que, supuestamente, descifraron su secreto. Cuestionar las mitologías que enarbolan la noción de "prosperidad" tiene como efecto despertar a las personas y elaborar un cuestionamiento que nos lleve a exigir mayor igualdad en la repartición de recursos. Asimismo, nos guía a caer en la cuenta de cuántos criterios han sido excluidos en la medición de la prosperidad, lo que lleva a juicios engañosos que promueven las zanjas de pobreza y dificultad.

Llevo décadas analizando las relaciones entre lo político, lo laboral-sindical y lo económico; he descubierto que estos elementos están relacionados gracias a criterios antropológicos como la felicidad, la confianza y la certidumbre. En esa línea, mi último libro, *El misterio de la prosperidad*, es el resultado de un arduo proceso creativo a lo largo de décadas de análisis, de la búsqueda de indicadores internacionales y de múltiples encuentros con rostros y voces que permiten comprender tanto las victorias como las pérdidas de miles de hombres y mujeres que, con su esfuerzo diario, sostienen la economía de las naciones.

En definitiva, la prosperidad no cae del cielo ni se descifra en las oficinas de unos pocos magnates. Se construye cuando una nación decide que el bienestar de las mayorías no puede seguir postergándose. Confrontar ese falso misterio que por generaciones las élites económicas han construido en torno a la riqueza y la pobreza es una tarea urgente, porque mientras persista la idea de que la prosperidad pertenece a unos cuantos, millones de familias seguirán condenadas a soportar la precariedad. En mi último artículo escribí sobre la advertencia de Kuznets acerca de considerar el producto interno bruto (PIB) como indicador definitorio en la medición de la prosperidad. Esta idea se refuerza si pensamos que uno de los motivos por los que la prosperidad se ha mitificado como misterio es que, en general, los criterios para medirla son poco comprensivos: un país puede registrar un crecimiento económico espectacular y, al mismo tiempo, albergar a millones de familias sumidas en la pobreza material. Eso ocurrió en el México neoliberal, donde la riqueza de unos pocos magnates llegó a representar porcentajes insultantes del PIB nacional, a costa del sudor y el hambre de la clase obrera. El PIB puede crecer mientras los salarios se degradan, la inseguridad laboral se normaliza y la riqueza se concentra en pocas manos. Entonces, es posible afirmar, al mismo tiempo y bajo estos criterios, que una nación es profundamente próspera a la par que profundiza sus mecanismos de exclusión, desigualdad y disminuye la calidad de vida. ¿Podemos realmente llamar a eso "progreso"?

La Jornada

De este modo, la prosperidad no puede reducirse a cifras macroeconómicas, pues requiere del bienestar físico y mental; del acceso a la salud, a la educación; del tiempo para la familia, la cultura y la recreación, así como la posibilidad real de vivir con seguridad y dignidad. Tampoco puede prescindir de la confianza social, que es la infraestructura invisible de las naciones prósperas. Cuando la ciudadanía confía en sus instituciones y la clase trabajadora confía en sus contratos, se reduce la incertidumbre, florece la inversión productiva de largo plazo y se transforma el entorno comunitario y nacional.

México ha tomado inspiración de otros países a lo largo de su historia, por lo que un estudio de política comparada no sólo no es nuevo, sino que resulta profundamente útil y concordante con nuestro modo de articularnos como país. Nuestra Constitución de 1917 no nació del vacío: recogió influencias de las tradiciones constitucionales de Estados Unidos y Francia, al mismo tiempo que las transformó para responder a las necesidades y luchas propias del pueblo mexicano. Aprender de otros no es debilidad, es parte de la inteligencia de una nación. El error consiste en copiar sin mirar lo que realmente importa.

Hemos mirado hacia fuera, pero a veces hemos pasado por alto elementos fundamentales. Los modelos que reviso en este libro son sistemas institucionales perfectamente adaptables a nuestra realidad, siempre y cuando exista la voluntad política y la fuerza social para procurarlos. Se trata de recuperar la capacidad de aprender, adaptar y crear instituciones a la medida de México. Resulta, entonces, que la prosperidad tiene un elemento indispensable que es profundamente antropológico: la voluntad. La idea de la “voluntad política” requiere la determinación de enfrentarse a todos los retos que se presentan porque se tiene un objetivo al que hay que llegar. Si aplicamos la voluntad política a la prosperidad, surge la pregunta: ¿voluntad política en qué o sobre qué para que produzca prosperidad? La propuesta central que dejo a consideración se basa en tres pilares indivisibles y profundamente humanos: la dignidad, la equidad y el bienestar.

La dignidad laboral asegura que el empleo sea un espacio libre de explotación y discriminación. Significa garantizar entornos seguros y terminar con la negligencia patronal y empresarial que, históricamente, ha costado vidas en las minas, las fábricas y el campo de nuestro país. No es lo mismo analizar la productividad de una empresa detrás de un escritorio que conocer el peso de la roca, el calor sofocante del subsuelo y la incertidumbre de una minera o minero que se despide de su familia sin saber con certeza si regresará a casa al término de su jornada. En segundo lugar, la equidad exige un piso parejo para todas y todos. No es aceptable que el origen social, el género o la región geográfica determinen el destino de un ser humano. También implica un sistema fiscal verdaderamente progresivo, en el que las grandes corporaciones y los hombres más ricos paguen la justa cuota que corresponde para financiar la infraestructura social que la nación demanda. Por último, el bienestar va mucho más allá de la mera subsistencia económica. Consiste en asegurar que las familias de las y los trabajadores disfruten de salud física y mental, de tiempo libre para la recreación, la cultura y la convivencia familiar. Una persona trabajadora que percibe un salario digno y cuyos derechos están garantizados proyecta esa seguridad hacia sus hijas e hijos, asegurando comunidades más fuertes, cohesionadas y pacíficas.

La verdadera prosperidad es concebible si y sólo si entendemos que las y los trabajadores son la clave de la actividad económica, no un insumo intercambiable ni un costo que deba reducirse al mínimo para inflar los márgenes de ganancia propuestos en los consejos de administración.

En este sentido, afirmo que la imaginación es una capacidad política: quien imagina otra forma de medir el progreso está disputando el poder de definir qué cuenta como éxito. Imaginar, pero hacer realidad salarios dignos, seguridad social universal, igualdad de oportunidades y participación activa de las y los trabajadores en las decisiones también es construir una alternativa real frente al fatalismo. La prosperidad no es un misterio: es una elección colectiva. México tiene historia, recursos, talento y una clase trabajadora capaz de transformar su realidad. Lo que falta no es milagro: falta decisión, organización y imaginación para construir un país donde la riqueza y la felicidad no sean privilegio de pocos, sino fundamento del bienestar de todas y todos.

https://www.jornada.com.mx/2026/11/19/opinion/010a1pol